El código penal protesta con estrépito contra la ficción filosófica.

¿Quiere decir esto, acaso, que no sea necesario reprimir y castigar, cuando no se pueda prevenir; ni que sea menester dejar libre el campo á todas las inclinaciones nocivas al individuo y á la sociedad? No, por cierto. Pero si es necesario castigar, no bebe hacerse en nombre de una justicia llamada invariable, en razón de su origen divino ó de una convicción puramente intuitiva y, por tanto, infinitamente variable, sino en el de una noción mucho más modesta del interés común, de lo útil *científicamente determinado*, y entendemos por útil, todo aquello que pueda favorecer el desenvolvimeinto simultáneo del hombre y la sociedad; todo aquello que pueda elevar al individuo y la especie lo más lejos posible del grado nutritivo, lo más próximo del moral é intelectual.

Para ello es necesario hacer una revolución enorme en las ideas, y por consiguiente, en los hechos.

El juez será menos inflexible, menos duro, cuando deje de manejar un poder divino; de sacerdote cruel, se convertirá en médico compasivo.

¡Ojalá este pequeño libro pueda adelantar algo la venida de esta era bienhechora!

FIN

APOLOGÍA DE UN INCRÉDULO

(LIBRE EXAMEN)

Tipografía Anuario de la Exportación, Paseo de San Juan, 192.

Biblioteca Contemporánea

Apología de un incrédulo

(LIBRE EXAMEN)

POR

LUIS VIARDOT

Versión española de ENRIQUE DÍAZ-RETG

> Así como llamamos hombre libre al que se pertenece á sí mismo, al que no tiene dueño, así también esta ciencia (la Filosofía) es la única entre todas que tiene el derecho de llamarse libre.
>
> (Aristóteles. *Metaf.*, L. I.)

BARCELONA
F. GRANADA Y C.ª, Editores
Calle de la Paja, 13 y 15

MÉXICO
MAUCCI HERMANOS, Editores
1.ª del Relox, 1

1905

TABLA DE MATERIAS

		Páginas
	Prefacio	7
I	Libre examen	11
II	La Creación	17
III	La Providencia	49
IV	El alma y la vida futura	135
V	La ciencia y la conciencia	187
VI	Conclusión	219

PREFACIO

A P...

Distintas veces nos ha ocurrido conversando, tocar muy ligeramente las más altas cuestiones de la filosofía. Esto no es digno ni suficiente. Las conversaciones interrúmpense forzosamente con digresiones, preguntas y respuestas. Piérdese sin cesar el hilo del pensamiento y del raciocinio. Quisiera tomar y conservar la palabra bastante tiempo para ofreceros el resumen de mis opiniones sobre esos extremos. Han nacido de reflexiones de una vida larga, honrada y estudiosa. No es culpa mía si estas reflexiones, sugeridas por constantes estudios, han demolido, piedra á piedra, todo el edificio de las creencias comunes en que me había guarecido durante largo tiempo, y me han reducido, como á Montaigne, á no tener, para reposar mi cabeza, otra cosa que la «almohada de la duda». Puedo decir, retorciendo las palabras del salmista: «He cesado de creer, he ahí porqué he hablado.» Y lejos de profesar atrevidamente la incredulidad, busco sinceramente justificarme de ser incrédulo, apresurándome á añadir, con el Vicario saboyano de J-J. Rousseau: «No enseño mi pensamiento, lo expongo».

En esta exposición, os prometo parecerme á esos arroyuelos á los cuales se compara Voltaire, «que son transparentes, porque son poco profundos». No soy ¡ay de mi!

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

más que un «filósofo impremeditado y fortuito». En una palabra, es una simple conversación lo que os pido, sólo que hablará únicamente uno sin ser interrumpido por los demás.

No os extrañéis de hallar, á medida que avancemos, muchos nombres propios, de leer muchas citas. Habrá demasiadas, lo sé, como sé también que esto es una grave falta contra el arte de escribir. Se me reprochará ser uno de los que *sub aliena umbra latentes*, «que se esconden en la sombra extraña», como traduce Montaigne; y más aún «que solamente he hecho aquí un ramillete de flores exóticas, no habiendo puesto por mi parte más que el cordel para atarlas». ¿Qué importa? Desde luego encontraré la ventaja y la fuerza que encierra toda cita, á saber: que reune dos testimonios, el del autor invocado junto al del escritor que lo invoca; por otra parte, no pretendo expresar mejor el mismo pensamiento que los ilustres predecesores á quienes dejaré la palabra, «hombres de alta alcurnia», como dice Panurgo; y, en fin, más que adornos para mi estilo, necesito apoyo para mis libres opiniones. Para el caso de no hacerme crédito suficiente por mí mismo, necesito rodearme de una multitud de fiadores, ó, si mi franqueza pareciera criminal, de una legión de cómplices.

Por eso «presto más atentamente oído á los libros, desde que pienso que puedo sacar de ellos algo con que esmaltar ó estañar el mío».

Y comienzo con las cartas siguientes:

«Mi querido amigo: he leído vuestra *apología*, que no debe llamarse así, pues el sabio no tiene de qué defenderse; es una *relación* que hacéis, no á los otros, sino á vos mismo. Me parece de todo punto exacto y riguroso.

La Creación sería el primero de los milagros. *Una vez admitida la eternidad, todo se deduce de ella.* La fatalidad de las leyes es un consuelo para quien reflexiona, mucho más que una tristeza. Se somete á ellas con gravedad. Esta gravedad respetuosa y muda del hombre que piensa, es, á su manera, una religión, un homenaje rendido á la majestad del universo. Nuestros deseos, efímeros y contradictorios como son, nada prueban: son nubes que se entrechocan á gusto de los vientos; pero el orden sideral reina sobre todo. Sois, querido amigo, de la religión de Demócrito, de Aristóteles, de Epicuro, de Lucrecio, de Séneca, de Spinoza, de Buffon, de Diderot, de Goethe, de Humboldt... Es una excelente compañía.

SAINTE-BEUVE.»

***

Querido y viejo amigo:

»He leído vuestro libro con interés. El pensamiento es justo, es bueno, es oportuno, y, en vuestro escrito, presentado con una sencillez y un candor que le dan su verdadera fuerza...

E. LITTRÉ.»

***

«... Muy interesante, incluso para los disidentes, entre quienes figuro. Claro, sincero, erudito, sin muchos prejuicios, sin ningún fanatismo. Un buen libro, como se hacían en el siglo XVIII...

JULIO SIMON.»